tamos dice: «La novela que crea Faulkner, que crea Benet, no explica la vida, trata de reflejar la vida en su maraña. Al leer sus escritos no actuamos como testigos de otras vivencias, sino que la novela, subrogado de la vida y vida misma, nos hace conocer mejor el enigma de nuestra naturaleza, nos enfrenta con el problema de la lengua, de la memoria, de las creencias y del conocimiento por vía artística, es decir, por una vía intuitiva que resiste a la lógica y a la razón y es distinta a la ciencia y a la historia».

En otras muy distintas novelas de los años sesenta y setenta, continúa viendo María Elena Bravo la influencia de Faulkner de manera más o menos matizada, y cita *El miedo y la esperanza,* de Alfonso Martínez Garrido; *El ruido y la furia,* de Antonio Ferres; *Las ratas,* de Miguel Delibes; *Un olor a crisantemos,* de Segundo Serrano Poncela; *Florido Mayo,* de Alfonso Grosso; *El libro de las visiones y las apariciones,* de José Luis Castillo Puche, y muchas más.

«En todas estas novelas —dice María Elena Bravo—, escritas durante el último período del franquismo se observa una actitud de examen de conciencia, en la que el personaje narrador indaga los efectos de la sociedad en su devenir individual y su responsabilidad personal, a la manera de Quentin y su atormentado y comprometido sentir con respecto al Sur.»

Después de leer con atención este exhaustivo ensayo, no cabe más que reconocer la gran influencia que William Faulkner ha tenido en nuestra novela contemporánea, marcando nuevos y diversos derroteros.

Isabel de Armas

Pasiones y testimonios del Descubrimiento*

El descubrimiento de América ha originado a través de los siglos todo tipo de elucubraciones y fantasías. La utilización de adjetivos encendidos y altisonantes por parte de algunas *almas imperiales* ha estado a la orden del día. Tampoco faltaron en la orilla

* La Edad del Oro. Crónicas y testimonios de la conquista del Perú. *Edición de José Miguel Oviedo. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Tusquets Editores/Círculo de Lectores. Barcelona, 1986; 377 págs.*

opuesta imágenes bárbaras y crueles de comportamiento de los españoles, en su totalidad, hechas por propios y extraños.

Pero no todas las interpretaciones que se hicieron sobre la conquista de América fueron así, evidentemente. Lo sorprendente es que cuando se van a cumplir los quinientos años de estas efemérides todavía, por insólito que parezca, algunos continúan con las espadas de la polémica en alto, a pesar de los muchos soles y crepúsculos vistos desde aquellas lejanas fechas hasta nuestros días.

En *La Edad del Oro* no se hace interpretación alguna, y el lector es libre de hacer la suya propia, debido a que en este libro se ofrece un compendio de crónicas y testimonios de la conquista del Perú seleccionadas por José Miguel Oviedo, en cuya introducción se indica que para llevar a cabo tan laboriosa tarea ha tenido en cuenta en cada uno de los fragmentos transcritos: su carácter testimonial, contenido histórico, precisión de detalle, procedencia u oportunidad en el tiempo, vuelo imaginativo, curiosidad científica o interés humano, mérito literario como texto narrativo, etc.

Los textos de cuarenta autores que escribieron sobre la conquista del Perú componen el friso de esta importante obra. Van desde Acosta, Garcilaso de la Vega, Cieza de León, Ruiz de Arce, hasta Molina «El Cuzqueño» o López de Gomara, sin olvidar el genio ardiente de Bartolomé de las Casas.

Es curioso observar en casi todos estos textos el carácter pasional que los envuelve, algunas veces en una «maraña de leyendas y creencias que hoy nos parecen ingenuas», pero que en su momento debieron tener una fuerza inusitada. Muchas de estas opiniones, por iluminadas que nos puedan parecer actualmente, eran las canónicas en su tiempo, y muchos creían en ellas como en artículos de fe.

Si cerramos los ojos y nos trasladamos a aquel Nuevo Mundo que nos cuentan los cronistas, las gasas de la niebla nos hacen perder la frontera entre el sueño y la realidad. O como dice Vargas Llosa en el prólogo: «Historia y literatura —verdad y mentira, realidad y ficción— se mezclan en estos textos de una manera a menudo inextricable. La delgada línea de demarcación que las separa está continuamente evaporándose para que ambos mundos se confundan en una totalidad que es tanto más seductora cuanto más ambigua, porque en ello lo verosímil y lo inverosímil parecen una misma sustancia».

En los varios centenares de fragmentos que componen esta antología de textos se puede comprobar casi siempre la prepotencia, en casos atropelladora, del conquistador frente al conquistado. La idea del «nosotros tenemos la verdad en la mano», y «vosotros estáis en el error», es demasiado evidente. Los vencedores imponen siempre a los vencidos sus dioses, su fe y sus costumbres: Que los dioses «de otros» pasen *a ser demonios es algo conocido a la luz de las religiones antiguas de grupos con conciencia étnica muy fuerte, para los cuales el Dios por excelencia, el Dios único, es el del propio grupo.*

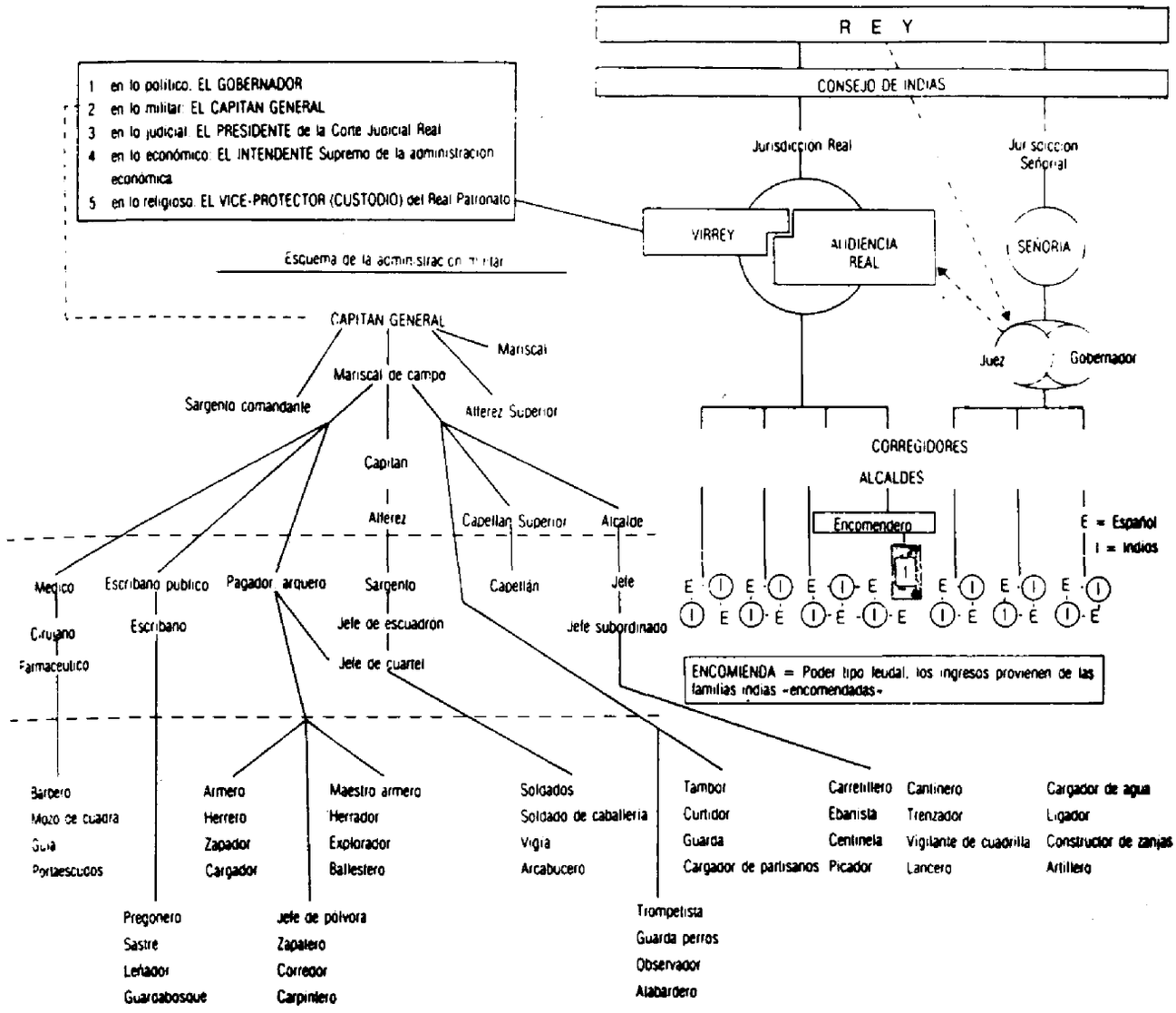
En la mayoría de los textos que aquí se transcriben se destaca de forma palmaria el «nosotros» frente al «ellos». Por lo demás, no se debe perder de vista que los misioneros evangelizadores del Nuevo Mundo se referían casi siempre a los cultos indígenas como a cultos «demoníacos». *En este aspecto el misionero español de los siglos XVI y XVII era un fiel heredero de los teólogos cristianos que hicieron la crítica del paganismo con San Agustín a la cabeza y con Lactancio, Teodoreto o Clemente de Alejandría en medios y culturas distintas.*

Algunas de las interpretaciones que se hacían de «los otros» por parte de la mayoría de los conquistadores son memorables. A pesar del tiempo que nos separa de ellos, no dejan de sorprender sus opiniones, oigamos algunas:

La gente que habita en estos llanos es grosera, sucia, no esforzada ni hábil; viste poco y malo, cría cabello, y no barba; y como es gran tierra, hablan muchas lenguas. En la sierra, que es una cordillera de montes bien altos, y que corre setecientas y más leguas, y que no se aparta de la mar quince, o cuando mucho veinte, llueve y nieva reciamente, y así es muy fría. Los que viven entre aquel frío y calor son por la mayor parte tuertos o ciegos; que por maravilla se hallan dos personas juntas que la una no sea tuerta. Andan rebozados y tocados por esto, y no por cubrir, como algunos decían, unos rabillos que le nacían al colodrillo (Gomara, *Historia de las Indias*, 1.ª parte).

ESQUEMA Y JERARQUIA DE LA ADMINISTRACION DEL VIRREINATO DEL PERU

(La Edad del Oro, pág. 247)



Es gente muy viciosa, ociosa, de poco trabajo, melancólicos, cobardes, viles, flojos, tibios, mal inclinados, mentirosos, ingratos, de muy poca memoria, y de ninguna firmeza, y algunos ladrones y enviadores; son también idólatras, abujioneros, adúlteros, dados y acostumbrados a pecados nefandos y abominables; y cada uno de estos indios tenía a una, dos o tres mujeres, o las que más podían sustentar, y no sólo para el uso y ayuntamiento que naturalmente suelen

tener los casados, mas para otros bestiales y nefandos pecados, de que se usaban en muchas maneras, así ellos como ellas, por ser como, en efecto eran, muy desordenados y sucios en lo que era este vicio de la carne en todos cuantos excesos se pueden pensar e imaginar; y el que de ellos tomaba cargo de ser mujer o hacer su oficio en aquel bestial y descomulgado acto, luego se vestía en hábito de mujer y así trataba y le daban oficio como a tal» (Murúa, *Los orígenes de los incas,* III, cap. IV).

Las indias casi todas ellas andan desnudas todo el año, y traen unas pampanillas de lienzo delgado para cubrirse la cosa, si es casada, y si es virgen y doncella, que llaman china, aunque sean de veinte años no se ponen nada, antes andan desnudas en cueros, y ahora cuando ven a los españoles se ponen una camisa o hábito muy largo hasta los pies, de un lienzo muy delgado, que se trasluce todo lo que tienen. Traen los cabellos sueltos por las espaldas, sin trenzarlos, y pónense por afeite un poco de bermellón o de almagre, pintándose las caras de mil maneras, que parecen al demonio, y ni por maravilla se lavan las caras, ni el cuerpo, y por eso andan muy sucias y hediondas, que si se lavasen no tienen sino buen parecer y de buen rostro». (Gutiérrez de Santa Clara, *Historia de las guerras civiles,* III, cap. LXI.)

Lo que resulta más sorprendente es que estas opiniones las hacían gentes que se confesaban cristianas... Eran otros tiempos, es cierto, pero la vieja máxima del cristianismo *todos somos iguales,* por lo que se ve, no era tenida muy en cuenta. En este sentido son sintomáticas las palabras del Padre Acosta (1540-1600), el cual advierte que al ser los indios de ingenio «corto y pueril», el jesuíta propone que deben ser tratados como «niños y mujeres o, mejor, a la manera de las bestias».

Los dioses «nuestros» eran naturalmente los verdaderos. Las interpretaciones demoníacas que se hacían de las creencias de «los otros» son realmente insólitas. En un texto atribuido a Blas Valera *(Las costumbres antiguas)* se dice que «no creo que ha habido gentilidad tan dada a la superstición como la peruana... Dejando aparte lo que toca a su religión falsa, sus dioses, sus sacrificios y sus templos, sus sepulcros, oratorios, sacerdotes y hechiceros, lo que es superstición, aprécianlo desde niños...»

Entre los textos de esta antología aparecen algunos que podrían pasar a la crónica de sucesos fantásticos como el que relata Cieza sobre las consecuencias del bestialismo en aquella tierra: «... dicen también (que yo no lo he visto) que hay unas monas muy grandes que andan por los árboles, con las cuales, por tentación del demonio (que siempre busca cómo y por dónde los hombres cometerán mayores pecados y más graves), éstos usan con ellas como mujeres, y afirman que algunas parían monstruos que tenían las cabezas y miembros deshonestos como hombres y las manos y pies como monas».

Ahora bien, en esta selección de textos también se exponen comentarios sobre la vida cotidiana de los conquistadores que vivían en el Perú, que seguramente se podrían aplicar a colonizaciones posteriores y muy posteriores en distintos países. «Todos los gobernadores y jueces —dice Acosta— tienen puestas sus miras en volverse a España; a ello dirigen todos sus afanes, sus preocupaciones y sus alegrías. Las tierras de Indias las tienen sólo como algo ajeno y extraño. Y así se cuidan muy poco de lo que no aman nada». *(De procuranda,* III, cap. V [1588].)

También se queja Molina «El chileno» (1494-1580) que «no había español, por pobre que fuese, que pasase por pueblo o camino que no le habían de dar oveja y cordero para comer y sus piezas, y, si el cacique o señor no se lo daba, le molía a palos» (Relación [1552]).

Los documentos y textos de este o parecido signo, son numerosos en esta antología.

También la iconografía de *La Edad del Oro* es variadísima: dibujos, grabados de distintos siglos, reproducciones y estupendas fotografías de paisajes, gentes, objetos y monumentos.

En cualquier caso, sorprende ver reproducido un fotograma de la película *Aguirre o la cólera de Dios,* del cineasta alemán Werner Herzog, donde se nos presenta un Lope de Aguirre, interpretado por el actor Klaus Kinski, excesivamente wagneriano, y que muy poco o nada debió tener con el colérico personaje vascongado. Aguirre fue retratado por alguien que le conoció, Fray Reginaldo de Lizarraga, de esta forma tan aguda: *un vizcaíno llamado Lope de Aguirre, de mediana estatura, no muy bien tallado, cojo, gran hablador y jurador, si no queremos decir renegador... Vi a este Lope de Aguirre muchas veces siendo yo seglar, sentado en una tienda de un sastre vizcaíno, que en comenzando a hablar hundía toda la calle a voces.* ¿Qué tendrá que ver este Lope de Aguirre con el estilizado al máximo por Herzog? Pero esto en el conjunto del libro es sencillamente una anécdota.

Al margen de reconocer el gran valor de la memoria de un pueblo en este libro, se hecha muy en falta al término de cada uno de los textos transcritos, una mayor información tal como lugar o fecha de edición. Es cierto que al final del libro se hacen unas útiles notas sobre autores y textos, pero esto no impide para que en las consiguientes crónicas y testimonios de la conquista del Perú se aporten estos datos fundamentales, no ya para los investigadores sino para el público en general.

Emilio Temprano

Una poética obsesión

Por suerte para la literatura y para las demás artes ya se está dejando de hablar de «la inspiración» como materia prima de la producción intelectual. El «caballo volador» de que hablaba Bécquer, era entendido como un generoso fantasma que acudía en ayuda del artista cada vez que éste se disponía a trabajar ya fuera frente al lienzo en blanco, el papel o el trozo de mármol, todo ello duro, en su estado amorfo.

Creo que es concretamente desde Neruda cuando se viene hablando del Trabajo, con mayúscula, como base y principio del quehacer artístico. Neruda era un obrero de su oficio. Se ponía el «mono» todas las mañanas y herramientas en mano, procedía a sacarle al torno de su escritorio lo más moldeado de sus figuras, metafóricas, poéticas. A partir de este concepto planteado por el chileno y demostrado paso a paso en su ingen-